

LAURA

A ti solo.

PEPE

Pues, ¡bendito sea Dios! Mi padre me ha dicho que la tienda sube que es un primor, y que si sigue así y yo trabajando, para Octubre me da parte en el negocio, y establece una sucursal, y me pone á mí al frente, y nos casamos, ¡y cualquiera nos tose vendiendo té, café, chocolate, azúcar y bombones en paz y en gracia de Dios! Sacando un paquetito del bolsillo. Por cierto que aquí tienes tu paquetito de todos los días.

LAURA

Muchas gracias.

PEPE

Son de los especiales.

LAURA

¿Qué quiere decir eso?

PEPE

Que cuestan más caros.

LAURA

Pues hoy no tengo suelto.

PEPE

Siquiera en los hoyitos de la mano derecha.

LAURA

No.

PEPE

En los de la izquierda.

LAURA

¡Ay, hijo, qué cara de mendigo pones! Le da la mano y él se la besa una porción de veces.

PEPE

¡Saben á piña, á plátano, á fresa, á flor de azahar!...

LAURA

¡Bueno, basta, que viene la tía Genoveva!

Entra la tía GENOVEVA: de bata, pero peinada «de peñadora» y tan empolvada como las niñas. Antes de entrar tose para avisar que llega.

GENOVEVA

¡Ejem, ejem!

LAURA

Ay, tía, me pones nerviosa con eso de toser antes de entrar en las habitaciones. ¿Qué te figuras que está pasando?

GENOVEVA

Nada, hija mía, nada; no te sofoques tú. Yo me entiendo. A Pepe, con complicidad á que él no corresponde. ¡Y usted me entienda! Buenos días.

PEPE

Muy buenos. Usted hecha una rosa, como de costumbre.

GENOVEVA

¡De otoño, hijo, de otoño!

LAURA

Riéndose. El veranillo de San Martín.

GENOVEVA

¡Ríete, ríete, que todo ilegal! Aunque á los veinte años parezca imposible, se cumplen los treinta, hija mía, se cumplen los treinta, y adiós juventud. A Pepe. Yo he sacrificado la mía por estas niñas: desde que falleció su pobrecita madre, aquí me tiene usted al pie del cañón, desdeñándolo todo: amores, ilusiones, esperanzas, y no es por alabarme, pero ¡qué hubiera sido de esta casa sin mí, en manos de un hombre y de tres criaturas!

PEPE

No hable usted ahora de cosas tristes.

GENOVEVA

Es que hoy es día de tribulación. ¡Pobre hermana mía! Tan fina, tan señora, tan educada, porque eso es lo esencial, créame usted, y ver que entra á usurpar su puesto una mujer... Delante de estas niñas, naturalmente, no se pueden decir ciertas cosas, pero usted me entiende. Una mujer de ahora, de estas

que se ganan la vida... llevando la contabilidad en un escritorio. ¡Como si una mujer decente tuviera obligación de ganarse la vida! La mujer en casita, en casita... pero los hombres, claro, ¡usted me entiende! Y este cuñado mío, como todos. Ella tendrá su labia... siempre metida entre ellos. En fin, yo, pase lo que pase, me pienso retirar dignamente, porque en mi habitación soy la reina, y que se hunda el mundo; por las niñas lo siento, que están acostumbradas á otra cosa, pero quien manda manda... y usted ya me entiende.

PEPE

¡Ni palabra!

GLORIA

Entrando precipitadamente. ¡Ya viene, ya viene!

PEPE

¿Quién?

GLORIA

¡Quién ha de ser! ¡Ella! De un coche se ha bajado á la puerta... Ahora están descargando no sé cuántos paquetes.

GENOVEVA

¡En coche, naturalmente, en coche!

LAURA

A Pepe. ¡Márchate!

PEPE

¿No te parece que sería mejor que me esperase aquí y la saludara y le pidiera permiso para seguir viniendo?

LAURA

¡Permiso á ella! Márchate ahora mismo!

PEPE

Me la voy á encontrar en la escalera.

LAURA

¡Pues no la saludas, y andando!

PEPE

Pero si me conoce, y está harta de saber que somos novios.

LAURA

Pues no la saludas, y márchate ahora mismo.

PEPE

Como quieras. Sale humildemente.

GENOVEVA

A este pobre joven le estás volviendo tonto.

LAURA

¡Mejor para mí!

Se oye dentro la voz de CARLOTA.

CARLOTA

Dentro. No, déjelo usted ahí... muchas gracias... ahora lo arreglaré yo. Entra. Es una mujer de treinta y cinco años, muy viva y muy aseada. Viene de mantilla y traje sastro con falda corta. Trae unos cuantos paquetes en la mano, y antes de dejarlos saluda muy sonriente. ¡Ah! Buenos días, niñas; buenos días, doña Genoveva.

GENOVEVA

Secamente. Buenos días.

LAURA

Secamente. Muy buenos.

Gloria no saluda y, dando media vuelta, se pone á mirar por el balcón.

CARLOTA

Me alegro de encontrarlas á todas juntas, ya que esta mañana no pude darles los buenos días. Estuve esperando para desayunar hasta que la muchacha me dijo que desayunaban ustedes en su cuarto.

LAURA

Sí, tenemos esa costumbre.

GENOVEVA

Que á usted seguramente le parecerá mal.

CARLOTA

¿A mí, por qué?

GLORIA

Interviniendo de pronto. Porque como es usted tan madrugadora...

CARLOTA

Eso va en gustos y cada uno el suyo: no lo decía por eso; pero como anoche cuando llegamos ya estaban ustedes todas recogidas y no las pude ver, tenía deseos de que hablásemos.

GENOVEVA

Nosotras no tenemos nada que decirle á usted.

CARLOTA

Pero yo sí tengo que decirles á ustedes.

GENOVEVA

¿También á mí?

CARLOTA

A todas, puesto que todas hemos de vivir juntas.

GENOVEVA

Usted perdone: juntas es mucho decir: bajo el mismo techo, sería suficiente.

CARLOTA

Sonriendo. Doña Genoveva, por Dios.

GENOVEVA

¡Y por la Virgen, doña Carlota!

CARLOTA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué respeto! ¡Doña Carlota! ¡No soy tan vieja!

GENOVEVA

Por lo visto yo sí.

CARLOTA

¡Ave María! Es que yo la he llamado á usted así siempre. Pero si usted no quiere... usted dirá. ¿Preferiere usted que le diga como las niñas: tita Genoveva? Por mí... no me atrevía tan pronto, pero con mucho gusto.

GENOVEVA

No necesita usted atreverse: hemos de tropezarnos tan pocas veces, que la cuestión de tratamiento es lo de menos.

CARLOTA

¡Ah!

GENOVEVA

Usted permitirá que me retire. Lo que usted tenga que decir á estas pobres niñas no podría menos de herir mis sentimientos; yo no puedo olvidar que soy hermana de aquella santa cuya memoria viene usted á agraviar... Buenos días. Sale dignamente.

CARLOTA

Mirándola marchar con asombro. Muy buenos... Pobre señora: está de aquí. Volviéndose á las niñas. Se figura que

yo... Pero vosotras me conocéis de sobra... siempre hemos sido amigas, y seguiremos siéndolo, ¿verdad? Eso es lo que quería aseguraros y pedirós ¡de todo corazón! No creáis que he venido á esta casa á cambiar nada, á atormentar á nadie; he venido por el cariño que tengo á vuestro padre...

LAURA

¡Ya, ya!

GLORIA

¡Se comprende!

CARLOTA

Es tan bueno, tan bueno y os quiere tanto á todas... Yo también. Vamos á reunirnos para hacerle feliz. Vosotras me ayudaréis, ¿verdad? Seremos como hermanas. Se detiene esperando que hablen.

GLORIA

Después de una pausa ligera. Hasta ahora no ha necesitado mi padre que nadie de fuera de su casa se ocupe de su felicidad.

LAURA

Ni á nosotras tampoco nos hacen falta hermanades de nadie.

CARLOTA

Pero...

LAURA

Usted querrá mandar, naturalmente.

GLORIA

Y mi padre ¡es claro! siempre le ha de dar á usted la razón.

CARLOTA

Pero ¿por qué me llamáis de usted ahora?

GLORIA

¡Respeto!

LAURA

Sí, eso debe de ser.

CARLOTA

No necesito que me respetéis, conque me queráis, basta.

GLORIA

Eso va á ser un poco más difícil.

CARLOTA

¿Por qué?

GLORIA

Porque no se hacen cariños de encargo.

CARLOTA

Pero es que yo...

M. SIERRA. II.

GLORIA

Sí, sí; tú nos adoras... por sabido se calla, como que no podías vivir sin nosotras, y por eso te has dado tanta prisa á emparentar; pero, hija, hay parentescos que el demonio los urde, ya lo dice el refrán: "¡Madrastra, el diablo la arrastra!"

CARLOTA

¡Madrastra yo para vosotras!

GLORIA

A ver, las cosas no tienen más que un nombre.

CARLOTA

Hijas: os aseguro que traigo la mejor intención...

LAURA

De buenas intenciones dicen que está empedrado el infierno.

CARLOTA

Está bien. Con ira contenida.

GLORIA

Vámonos, Laura. Coge á su hermana del brazo y va á salir. Su padre, que ha entrado hace un momento, y está escuchándolas, les sale al paso; ella, al verle, sin detenerse dice: ¡Ah, estabas tú aquí! ¡Felicidades! Sale arrastrando á Laura.

DON FÉLIX

Pero... ¿dónde vais? ¿Estáis locas?

CARLOTA

¡Está muy bien! Sin saber lo que hace, recoge los trastos que hay en el suelo y en la butaca y los arregla encima de la mesa. ¡Está muy bien!

DON FÉLIX

¡Laura, Gloria! Venid aquí ahora mismo. Se oye un portazo dentro. ¡Se han marchado! Con desolación.

CARLOTA

Que ya se ha serenado y que durante casi toda la escena sigue poniendo en orden los trastos de la habitación, de modo que al terminar tenga un aspecto de arreglo. ¡Déjalas, hombre, déjalas!

DON FÉLIX

Con furia de hombre pacífico. Es que quiero...

CARLOTA

¿Que vengan á pedirme perdón?

DON FÉLIX

¡Naturalmente!

CARLOTA

Aún no han tenido tiempo de arrepentirse... y además, la ofensa no ha sido tan grande. Yo hubiera hecho lo mismo en su caso... No tiene nada de particular.

DON FÉLIX

Ah, ¿tú crees?

CARLOTA

Arreglándole la corbata al acercarse á él. Lo extraño hubiera sido que me recibieran con los brazos abiertos. Tienen razón hasta cierto punto. Yo vengo aquí á ocupar el puesto de su madre...

DON FÉLIX

¡Pero si no se pueden ni acordar de ella! Cuatro años tenía la mayor y la otra era de pecho cuando se les murió.

CARLOTA

Ea, ea, los hombres no entendéis de esas cosas. Déjame á mí.

DON FÉLIX

Es que están muy mal educadas. *Con desolación.*

CARLOTA

¡Bah, como todo el mundo!

DON FÉLIX

Peor, mucho peor... es decir, mal educadas, no... sin educar. Yo no he podido ocuparme de ellas... su tía Genoveva dice que se ha ocupado, ¡pero, ya ves! están acostumbradas á hacer siempre su gusto, y lo malo es que querrán seguir haciéndole.

CARLOTA

Es posible.

DON FÉLIX

¡Ay, Carlota! ¿Tú sabes lo que has hecho casándote conmigo?

CARLOTA

Probablemente mi felicidad... y hasta la tuya, si á mano viene.

DON FÉLIX

La mía, de seguro: con tenerte á mi lado... con verte sonreír. No sé cómo decirte que te quiero. A mis años sería ridículo hablar de exaltaciones, de arrebatos. ¡Además, puede que no fuese verdad! Pero sí te aseguro que te empecé á querer, sin darme cuenta de ello, por esa sonrisa que tienes. ¡Parece, ya ves qué tontería, que le pone á uno en orden por fuera y por dentro! Es una cosa clara como el sol y al mismo tiempo matemática. Como la ordenación para un problema ó la clave para un escrito en cifra. *De repente.* No entiendes lo que digo, ¿verdad?

CARLOTA

Entiendo lo que quieres decir, y da lo mismo.

DON FÉLIX

Tiene uno en la cabeza tantos laberintos, y la vida es tan enmarañada y tan incomprensible, ¿no te parece á tí? Pues cuando tú sonríes, el laberinto se hace camino real, y la maraña se desenreda sola, y todos los problemas parecen tan sencillos. Ella se ríe. ¿De qué te ríes?

CARLOTA

De que eres el hombre más bueno del mundo.

DON FÉLIX

¿Estás segura?

CARLOTA

¿No lo estás tú?

DON FÉLIX

Sonriendo. Verás, nunca he tenido tiempo para ser lo que se dice malo; pero ahora que me fijo... sí me remuerde un poco la conciencia. Cogiéndole la mano.

CARLOTA

¿Confesión general? Sonriendo.

DON FÉLIX

He sido cobarde... no me cabe duda... Ahora lo veo claro... muy cobarde... Perdóname. Yo estaba acostumbrado á vivir solo... Bueno, cuando te digo acostumbrado, quiero decir que estoy viviendo solo hace mucho tiempo, porque acostumbrarme, lo que se dice acostumbrarme, no me he acostumbrado nunca del todo... si acaso resignarme... no, tampoco. No soy hombre yo de resignaciones. Lo que es que muchas veces, ocupado en mis cosas, no me acordaba de ello. Volviendo á pararse de pronto. Te aburro, ¿verdad?

CARLOTA

No, hombre, no; continúa.

DON FÉLIX

¿No te has fijado tú en que hasta los sitios, las habitaciones, las paredes, digámoslo así, tienen para nosotros simpatía ó antipatía... no sé cómo explicarte, en fin, que en unos sitios es fácil trabajar y en otros imposible?

CARLOTA

Claro que sí: hay paredes que hacen compañía.

DON FÉLIX

¡Como las de tu casa! La primera vez que entré en ella, me pareció que acababa de encontrar mi lugar de descanso, es decir, de trabajo. Aquí por casa siempre ando con los papeles en la mano, tengo miedo de que se me pierdan, y allí, los hubiera dejado en cualquier parte. Por eso te iba á ver tan á menudo. Pero resultó luego que la casa eras tú, es decir, que donde tú estás están definitivamente esas paredes que á mí me hacen falta, y por eso conozco que te quiero más que á nadie ni á nada en el mundo.

CARLOTA

¡Félix!

DON FÉLIX

Ya sé yo que eso es poco, que los demás hombres querrán de otra manera, que las mujeres soñaréis otras cosas... pero tú me quieres como soy, ¿verdad?

CARLOTA

¡Te quiero porque eres como eres!

DON FÉLIX

¡No, Carlota!

CARLOTA

Sí, Félix; porque eres bueno, porque eres justo, porque dices siempre la verdad, porque parece que acabas de nacer, porque tienes un ideal, un sueño, una esperanza. ¡Tú sabes lo que es eso!

DON FÉLIX

De modo que, de veras, no te pesa haberte casado conmigo.

CARLOTA

¿Por qué me ha de pesar?

DON FÉLIX

Por lo que te he dicho antes.

CARLOTA

Antes... Ah, sí... pues no me has dicho nada.

DON FÉLIX

Es verdad... ¿Lo ves? Se me va el santo al cielo. Te quería decir que he sido muy cobarde trayéndote á esta casa, que no he pensado más que en mí mismo. Que mi felicidad me pareció una cosa tan única, tan natural, y al mismo tiempo tan necesaria,

que me olvidé de todo, y ahora resulta que no hubiera debido pensar sólo en mí.

CARLOTA

¿Es decir; que á ti es á quien te pesa que yo haya venido?

DON FÉLIX

Pensándolo bien, sí.

CARLOTA

Con tristeza. Por tus hijas... tienes razón.

DON FELIX

¿Por ellas? ¡No, por cierto! Por ti. Ya ves cómo lo toman. Yo pensé que se alegrarían... érais amigas... creí que te querían. Con desolación. Y ahora resulta que no te quieren.

CARLOTA

¿Eso es lo que te apura?

DON FÉLIX

¿Tú sabes la vida que vas á llevar en esta casa?

CARLOTA

Si supieras tú la que he llevado siempre. Tú dices que has vivido mucho tiempo solo: yo... no sé qué te diga. Mi padre se murió estando yo poco más que en mantillas: nos dejó sin un real. Mi madre, que era una señorita, se tuvo que poner á bor-

dar, porque para otra cosa no servía. A mí me metió en un colegio-asilo de esos de huérfanas. Sí que eran buenas las hermanitas; pero un convento no es una casa, y yo tengo metida en la cabeza desde que soy así el ansia de una casa mía; pero mía de veras, y el convento es de todos. En doce años que estuve no pude acostumbrarme al dormitorio con las camas en fila: así es que, en cuanto fui mujer, convencí á mi madre de que me sacara, y pusimos una casa de huéspedes, ¡esa es otra! Con lo aprovechados que son los hombres y como dicen que no hay quince años feos, ¡la mano me dolía de dar bofetadas! Pero, en fin, las paredes eran mías y yo estaba contenta. Pues á los dos años se muere mi madre; ¿y qué hago yo? Hijo, he sido de todo: planchadora, modista de sombreros, sastra, telefonista ¡hasta doncella en una casa grandel! Por fin entré como encargada interna en un almacén de ropa fina y allí me casé, que más me valía no haberme casado, porque mi marido, bueno, se murió. ¡Dios le haya perdonado! es lo único bueno que hizo en este mundo. ¡Encontré ese empleo en el escritorio, alquilé ese cuartito, y al cabo de cinco años de vivir como un hongo, te conocí y te quise, y aquí estamos!

DON FÉLIX

Y aquí vas á seguir pasándolo muy mal.

CARLOTA

No lo creas. ¿Sabes lo que es dormirse y no pensar "de dónde sacaré el pan mañana?" ¿Lo que es

abrir los ojos, y no tenerle miedo á lo que traiga la luz del día? ¿Lo que es el despertarse á media noche y sentir que hay al lado una persona honrada que ha de mirar por una y que la quiere? ¿Vivir en una casa, pero casa de veras, de familia, desde hace muchos años, con padre, con hijos, con responsabilidad?...

DON FÉLIX

¡Pero tú siempre estabas tan contental

CARLOTA

¡No me faltaba más que desesperarme! ¡Pero te aseguro que hay días! Suerte que una se duerme por la noche y á la mañana cuando se despierta como si amaneciera dentro de una: parece que la vida también se ha lavado la cara.

DON FÉLIX

Eso es porque eres fuerte y estás bien de salud.

CARLOTA

Sí que es verdad: salud y conformidad no me han faltado nunca.

DON FÉLIX

En cambio á mí muchas mañanas me dan vértigos.

CARLOTA

Porque te estás leyendo hasta las mil y una: desde hoy, en cuanto cenes, á dar un paseito, luego á

la cama... á obscuras para que no te dé tentación de leer: con la luz del farol de la esquina tienes bastante para desnudarte, y á la mañana te despierto yo con una taza de café bien cargado y verás qué cabeza más despejada.

DON FÉLIX

Si que puede que tengas razón.

CARLOTA

Esta tarde te tienes que ir á cortar el pelo. Acercándose á la mesa. Mira, aquí te he traído media docena de corbatas.

DON FÉLIX

Con asombro. ¿Blancas?

CARLOTA

Para lavarlas todos los días.

DON FÉLIX

Si que es una idea.

CARLOTA

Desatando otro paquete. Y cuellos y puños, que he visto que están todos con unos flecos... El los examina con gozo de niño. Y calcetines.

DON FÉLIX

¡De seda! Tomándolos.

CARLOTA

No, de hilo, pero finos; ya viene el verano y todos los que tienes son de un dedo de gordo.

DON FÉLIX

Mirándola como á un ser sobrenatural. Pero piensas en todo. ¡Eres una mujer extraordinaria!

CARLOTA

¡Ja, ja, ja! ¿Eso te asombra?

DON FÉLIX

Y muy buena.

CARLOTA

Se hace lo que se puede.

DON FÉLIX

¡Y bonita!

CARLOTA

Lo justo para no asustar.

DON FÉLIX

No, no, muy bonita; pero no vayas á creer que te quiero por eso: te quiero...

CARLOTA

Te quiero porque te quiero, como dice el cantar: esa es la única razón; lo que es que es uno tan or-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DEL INSTITUTO
"ALFONSO GARCÍA ROBLES"
Año 1955 MONTELEONE, MÉXICO

gulloso que para quedar bien consigo mismo siempre se empeña uno en que quiere por algo.

DON FÉLIX

¡Y además tienes mucho talento!

CARLOTA

¡Ja, ja, ja! No lo sabes tú bien. Pero anda á cepillarte un poco, antes de comer, que á la mesa hay que sentarse arregladito.

DON FÉLIX

¿Vienes tú?

CARLOTA

Sí, ahora mismo, voy á recoger esto. Viendo que coge atropelladamente las corbatas, los cuellos y los calcetines, arrugándolo todo. ¿Qué haces?

DON FÉLIX

Llevarme lo mío.

CARLOTA

Deja, deja, ya lo llevaré yo. ¡Ja, ja, ja!

DON FÉLIX

Como quieras... Sale muy satisfecho.

Ella va colocando los paquetes, y sacando de la bolsa de piel un cuadernito y un lápiz, apunta á medida que los coloca.

CARLOTA

Corbatas, 18... cuellos y puños, 20... calcetines...

Entra RICARDO, con el sombrero puesto y un libro debajo del brazo,

como para ir á la calle; al verla, se detiene un momento, la saluda y se dispone á seguir.

RICARDO

Buenos días.

CARLOTA

Muy buenos. Dándose cuenta de que se va. ¿Se marcha usted á la calle?

RICARDO

Sí, señora; á la calle. ¿Quería usted algo?

CARLOTA

¿Sin comer?

RICARDO

Es lo mismo; comeré en el café.

CARLOTA

¿En el café?

RICARDO

O en una tabernita, ahí á la vuelta. No guisan mal del todo.

CARLOTA

Ya entiendo... no quiere usted comer en casa... porque estoy yo aquí. Ella la mira con asombro. Usted, como las niñas, pensará que he venido con malas intenciones, á usurpar un puesto que no me corresponde... ¡Todo sea por Dios!

RICARDO

¿Yo? No, señora. No se disguste usted... si no es por eso. Precisamente, á mi padre se lo estaba diciendo, es usted muy simpática.

CARLOTA

Sonriendo. Gracias.

RICARDO

No las merece; es la verdad.

CARLOTA

Entonces, ¿por qué se marcha usted... si no es indiscreción preguntarlo?

RICARDO

¡Qué ha de ser! No, señora. Me marcho, porque tengo una clase á las dos y media, y si espero á comer aquí, no llego á tiempo.

CARLOTA

¿Cómo que no? Si se come á la una.

RICARDO

Eso creará usted. ¡Ya se conoce que es el primer día que está usted con nosotros! Aquí no sabe nunca nadie á qué hora va á estar la comida.

CARLOTA

Le aseguro yo á usted que á la una comemos. ¡Lo mismo que si necesitara usted comer antes! Con de-

círmelo á mí por la mañana... Si es por eso, se puede usted quedar.

RICARDO

Dudando aún, pero dejando el sombrero. Cuando usted lo dice...

CARLOTA

¡No faltaría más! Teniendo usted su casa y su padre y su... bueno, teniéndome á mí, se iba usted á ir á comer á la taberna... Digo, si á usted le gusta más...

RICARDO

Dejando el libro. No, señora.

CARLOTA

¿Estudia usted carrera?

RICARDO

Carrera, lo que se dice carrera, no. Cuatro cosas ahí en la Escuela de Artes é Industrias. Como cuando uno es chico es holgazán, y yo he hecho siempre mi voluntad, resulta que ahora no tengo el grado de bachiller, y cualquiera lo estudia. No es por estudiar, que ahora sí que me gusta; pero tengo veinte años, y por mucha prisa que me diera con él, lo menos otros cuatro... No crea usted que donde voy tampoco se aprende cosa de provecho. ¡Si pudiera uno ir al extranjero, donde dicen que enseñan de veras!

CARLOTA

¿A usted le gustaría marcharse?

RICARDO

Sí, señora; á Bélgica ó á Suiza, No crea usted, una vez ya estuve á punto de irme, y hasta escribí una carta por un anuncio de una escuela que vino en el periódico; pero hacen falta tantas cosas para echar á andar... Y luego, se va usted á reir de mí, yo, para decidirme á hacer una cosa, necesito que alguien me lo mande.

CARLOTA

¿De modo que también á usted le gusta la Dinámica?

RICARDO

Sí, señora.

CARLOTA

Y ¿por qué no le enseña á usted su padre?

RICARDO

Porque... no tiene tiempo.

CARLOTA

Es verdad. Mirándole. Le falta á usted un botón en el chaleco. ¿Lo ha perdido usted?

RICARDO

No, señora. Sacándolo. Aquí está.

CARLOTA

Déjeme usted que se le cosa. Saca del bolsillo un prendaaguja y un devanador de hueso. ¿Se ríe usted de mi bolsa? Aquí hay de todo. Cose el botón mientras habla. Hilo, agujas, tijeras, cuaderno de apuntes, tafetán para heridas. Cortando la hebra. ¡Ajajá!

RICARDO

Muy cortado. Muchas gracias, señora.

CARLOTA

¿Me va usted á llamar señora siempre?

RICARDO

¿Cómo quiere usted que la llame?

CARLOTA

Por mi nombre, Carlota... porque madre, ya comprendo que no.

RICARDO

Claro, es usted muy joven.

CARLOTA

No es por eso.

RICARDO

Animándose. Bueno, pues Carlota, y muchas gracias... Pero, entonces. Lanzándose. tendrá usted que llamarme de tú.